



COMENTARIO

Hemos estado unos días en la villa y corte de los milagros, y nos volvemos a nuestro querido rincón provinciano con el alma tupida de amarga desilusión. Volvemos a nuestro querido rincón provinciano a seguir en él renovándonos espiritualmente día a día, hora a hora. Porque lo que en la villa y corte de los milagros se llama renovación no es tal cosa y si sólo un tópico más de la reinante frivolidad cortesana.

Apenas hay quien piense aquí en serio en renovarse, apenas hay quien piense aquí más que en vivir, en eso que llaman vivir y que rarísima vez lo es. O en llegar, que tampoco es llegar.

En esta villa y corte corrompida por el teatro—por un teatro corrompido—la renovación es una comedia más. Si es que no una astracanada. Y la cosa es representarla—no hacerla—lo mejor posible, conforme a las reglas convencionales del arte escénico al uso.

¡Ansias de renovación! En estos días en que tanto se ha hablado de las Juntas de Defensa de los brigadas y sargentos y de su relación para con las Juntas de Defensa de los oficiales se ha dicho que una de las más capitales diferencias entre éstos y aquéllos estaba en sí aquéllos, los brigadas y sargentos, piden poder usar impermeable y que encuentran algunas dificultades. La ocurrencia es digna de un formidable humorista. Pero nos lo han explicado.

Como los impermeables no tienen insignias de mando, ninguna especie de galones o estrellas, a un brigada o a un sargento impermeabilizado no se le distingue de un oficial y acaso se le saluda como a éste. Y parece ser que hay quienes gustan de que se les confunda y quienes gustan de que no se les confunda. Sobre todo cuando de recibir saludos se trata. ¿Pues no dicen que hay quienes se han reunido para pedir que se les rinda, cuando se hayan muerto, tales o cuales honores fúnebres? ¡Oh, ansia de renovación!

Si bien estos de quienes se dice que han pedido honores fúnebres parece que son los más fúnebres de la clase, los que más matan, haya paz o guerra. ¡Honores fúnebres! ¡Oh, ansia de renovación (post mortem), de renovación fúnebre también! ¿No indica acaso un alto espíritu renovador esto de querer ir bien escoltado al otro mundo? Y no será por temor a un atraco en el camino—

La transcendentalísima cuestión del impermeable tiene, a nuestro humilísimo parecer de atécnicos y profundamente legos en estrategia, táctica, logística y demás sublimes ciencias bálicas, dos soluciones. La una es ponerles galones y estrellas a los impermeables, y la otra sustituirlos con paraguas armados, terminados en punta como los floretes y que en caso de necesidad puedan cerrarse y esgrimirse como un arma. Aunque la perfección creemos que consistiría en convertir la tela del paraguas—la que propiamente le hace paraguas—en una especie de escudo plegable y la asta o cuerpo del paraguas en un fusil.

Un amigo nuestro, que tiene la inmensa desgracia de ser escéptico, sostiene que las dichas Juntas, que tanto nos dan que hablar—y esta es acaso su mayor utilidad como reporte de gobierno, pues ello nos aparta de ocuparnos en cosa de mayor interés y de perturbar más al país—, que esas Juntas dichas lograron ya cuanto se proponían, sus modestas aspiraciones, y que ahora, una vez en el tablado y blanco de las miradas todas, se creen obligadas a continuar la función. Y agrega nuestro amigo que este segundo acto les está saliendo lánguido y soporífero por falta de argumento.

«No les queda más que un remedio—añade—para mantener despiertos nuestro interés y atención, y es constituirse en Comités electorales y hacer las próximas elecciones. Con lo cual tendría luego cualquier Pavía que disolver el Parlamento que ellas forjaran.»

Esta última donosa ocurrencia de nuestro amigo nos ha hecho pensar que se llegue en nuestra patria también a algo como los Soviets rusos, a Juntas de soldados rasos y a que éstas sean el principio de los comicios armados, de que el pueblo en armas vaya con las armas al sufragio. Eso nos ha hecho pensar en unas elecciones armadas.

Y por nuestra parte, no dejaría de interesarnos, acaso de divertirnos, eso si no tuviese un peligro, y es que como los soldados rasos, aunque rasos son soldados, es decir, hombres a sueldo, impusieran con las armas en la mano a los candidatos que mejor soldada les ofrecieran o pagaran a los que mejor les pagasen el voto.

Y véase cómo del impermeable venimos a parar a los comicios armados. ¿Volveremos a aquellos tiempos del «¡que bailen!»? ¿Quién lo sabe!... También aquellos tiempos eran renovadores. O revolucionarios, que es igual.

Revolución... Regeneración... Renovación... ¿Cómo se llamará la comedia de mañana?

¿Y si es tragedia? Porque sólo acaso la tragedia pueda salvarnos ya de la comedia, de la astracanada. Si es que la tragedia misma no la convertíamos en farsa y nos divertíamos viendo correr nuestra propia sangre... Hay quienes han visto la cogida del Espartero. Y no hace aún muchos años que iba aquí la gente como a una fiesta a la ejecución capital de un reo.

Nos volvemos a nuestro querido rincón provinciano con el alma tupida de amarga desilusión e impermeabilizada al rocío de la esperanza. Nos volvemos con el grave sentimiento de tener que seguir luchando por la victoria, pero sin esperanza de lograrla. Nos volvemos con el temor de vernos un día proscritos moralmente de la patria por la barbarie triunfante.

Y vamos a irnos preparando a esa futura probable proscripción moral. ¡Y quién sabe si más!...

Y damos un ¡adiós, hermanos!, los que emigran corporalmente de la patria nuestra en busca de pan y de justicia—más acaso de justicia que de pan—, y aquí nos tenemos que quedar, enraizados a esta nuestra tierra por goces amargos como penas, por penas dulces como goces. ¡Adiós, hermanos!

¡Quién sabe si un día, viejos y rendidos ya, con el alma encorvada más que el cuerpo, los ya proscritos moralmente de España, nuestra madre, no tendremos que ir, del brazo de nuestros hijos, a buscar la eterna tierra y el eterno olvido lejos de la patria! ¡Quién sabe si un día no acabarán de echarnos de ésta!

¡Adiós, hermanos! ¡Que os sea Dios padre, ya que no es madre España!

Miguel de Unamuno.

